

Fernando Schütte Elguero

En México, somos culpables

En días pasados salí de viaje, y resulta que en el aeropuerto, después de haber pasado los filtros de seguridad y sin que mediara ningún aviso, elementos de la Policía Federal estaban justo en el momento antes de tomar el pasillo que me llevaría al avión; me pidieron revisar mi portafolio e inició una especie de interrogatorio, yo llegué a pensar que éste estaba relacionado con el virus A(H1N1), pero no fue así. Me preguntaron a qué me dedicaba, por qué viajaba, si tenía negocios en el país al que iba y si traía dinero conmigo. A todas las preguntas respondí lo más amablemente que pude, no sin dejar de sentir la incomodidad de que se estaban violando mis derechos constitucionales; al terminar el interrogatorio, dicho sea de paso, con un policía que no era amable, pero tampoco grosero, unos pasos más adelante otro agente de la misma corporación procedió a registrarme o cachearme, como se dice vulgarmente, y esto fue a mano, sin detectores de metales de por medio; al mismo tiempo en que me registraban, inició un nuevo interrogatorio, muy parecido al anterior, pero mucho más agresivo, por lo que mi respuesta fue que había respondido a esas mismas preguntas al otro agente policiaco, entonces me hizo vaciar mis bolsillos y recibí un trato de delincuente.

A fin de cuentas, y sin mayor problema, abordé mi vuelo, pero

sin dejar de sentirme sumamente disgustado por lo que había pasado; seguramente, otros muchos pasajeros que pasaron por lo mismo se sintieron igualmente agraviados.

Más allá del hecho anecdótico, está el fondo del asunto: en México uno sigue siendo culpable hasta que se demuestre lo contrario, y la prepotencia de nuestras autoridades pone de manifiesto lo endeble de nuestro sistema de seguridad pública. Cabe aclarar que este tipo de trato sólo lo había sufrido en Caracas, Venezuela, donde soy maestro universitario una semana al año.

No podemos, los mexicanos, seguir siendo tratados como delinquentes a causa de la ineficacia de las autoridades, tenemos que sufrir retenes en calles y carreteras, y como esto, que sólo es a manera de ejemplo, las vejaciones a la dignidad de las personas son continuas y cada vez más frecuentes.

También son muchas las veces que he visto en las aduanas del aeropuerto de la ciudad de México, cómo algunos empleados tratan de aprovecharse de la gente; yo, invariablemente, intervengo y les menciono sus derechos de franquicia, y cada vez que lo he hecho, mi semáforo fiscal sale rojo, igual que a aquellos que he tratado de defender de los abusos.

La verdad es que México está

siendo un país en el que ya no se antoja vivir, por más que tenga la nostalgia por ese México que viví de niño, en donde teníamos una identidad que se reflejaba en la sonrisa de la gente, en la música, en el cine, en la pintura y otras artes, en la cocina y hasta en el policía de barrio, quien por lo general era un buen hombre y de confianza. El México de hoy es triste, la gente desconfiada, los medios difunden a diario la infinidad de muertos relacionados, entre otras causas, con el narcotráfico; los políticos ya no son los hombres y mujeres admirables; los niños ya no quieren ser ni policías, ni bomberos ni presidente de la República.

Los antivaleores son mostrados de diversas formas, erradicando la vieja idiosincrasia del mexicano, para desplazarla por la peor de las mezclas que nos vienen de otras culturas, y la verdad es que da mucha rabia que México se nos esté desmoronando entre las manos y que nuestros gobernantes no hagan nada para salvarlo. Otra reflexión que va en este sentido es lo que vimos en la televisión en días pasados: una cola de dos días en la que 300 personas esperaban tener un lugar para ingresar a la escuela de Bellas Artes, gente que durmió en la calle para ser artista profesional. Mario Benedetti dijo: "Los políticos, generalmente son insensibles a la cultura." ¡Qué pena! ☒

schutte@terra.com.mx

